

I Parte

Pulsiones estéticas

Marina Arrate

Este Lujo de Ser

Este lujo de ser

esta aparatosa maquinaria este trapecio
esta migratoria contorsión este va y ven
esta danza este remolino
esta especie
de ser
esta peregrinación
este vértigo
este león
esta jaula
este tiempo
 gravitando
este moho en las costillas
este Dios repleto de fantasmas
esta bestia feroz
dormida en la garganta
este vacío celestial

este lujo de ser
tan repleta de argumento
este rumiar de un lado a otro
este paisaje esta luna
esta nube que pasa por delante de mí.

(Este Lujo de Ser, Ed. Lar, Concepción, 1986)

La Dorada Muñeca del Imperio

1.-

Es el esplendor.

Hay una oscura orfebrería radiante
elaborando una tela solar.

Para su cuerpo para su piel
bordado en pedrería de seda y chifón.

La mujer es alta, dorada y fuerte.

Sus largas manos elevan
lentos cantos abisales.

Para los círculos
del Mundo y por su imperio.

Es la estela matutina la que alumbra
su alto entramado corporal y su modo
magnífico de ser
esculpida y ser vibrante.

2.-

Es el sistema solar.

Hay antiguas catedrales viejas cúpulas
ardiendo en el tiempo
como el oro.

Tengo un recuerdo de la Habana Vieja:
son sombras doradas en los adoquines
y puertos eternamente abiertos
como si esperaran a un Dios.

Pero me distraigo:
esta mujer es ventrílocua y hermosa.

Oh, quisiera también hablar de amor.

3.-

La mujer es alta, dorada y fuerte.
Su desnudez parece recamada y brilla, pero
es tan suave como una amatista.
Sin embargo,
está viva y la veo.
Recostada en los espejos, devana su
paciencia peinando su rubia cabellera
y esperando el turno
para salir al escenario y pasear
la tela imperial.

4.-

Nantés, Florencia, Atlanta y Singapur.
Son las flores de Adimanto:
 la ciudadanía ejemplar.
Se pueden pesquisar aún los rasgados telares
de otra allende ciudad antigua
anteayer contemporánea:
Indiga mesopotamia
Y sus valles estelares.
Mi mirada se agiganta.
Dios, son altos lirios y llameantes
 pozos circulares
rigiendo los tiempos como imperios.

5.-

La mujer se coloca una media.
Ella acerca sus dos brazos a su pie.
Su pelo rubio cae
cae hacia delante.
Pero ella en gesto colosal
Lo ordena tras su oreja.

Torsión de su torso hacia atrás

Sus dos ávidos pequeños pezones
un instante bailan
a pleno sol.

Muñeca dorada.

6.-

Coronas para mi amada,
coronas azules para su cabellera dorada
vasos frágiles y fuertes para sus largas manos
telas tenues y misteriosas para la seda de sus dedos
versos puros y perfectos para su boca
y películas de arroz, escapularios ardientes
roncas caracolas y locas
piedras marinas para su lujo
dorado, historias de barcos
en infinito peregrinaje
y telas y telas
en telas imperiales.

7.-

La mujer sorprende mi mirada.
A través del espejo observo como espía
mis dos pupilas inmóviles.
Quieta, continúa su lento maquillaje,
pero ahora sé
que cuando ella gire el cuerpo hacia mí
habrá terminado la larga fiesta,
esta vieja ansiedad de parecerme,
mi profundo deseo de tenerla:

La mujer ha salido al escenario.
Es suya la palabra.

Máscara negra

Para que me amaras
maquillé yo mi rostro de negro
y así pintada
ascendí de nuevo al escenario
monstruosa y deformada.

Quería mostrar lo negro
de mi oculto rostro
(Atrás las maquilladas capas).
Quería ser
mimo del terror,
ser fascinante.

Ahora,
de espaldas a ti,
miro el guante negro que cubre
la superficie blanca de mi brazo
de mi brazo níveo de pura porcelana
cristalina de China
y en el cuerpo
delgado y nervioso
el vestido negro que ajusta
como otro guante
la silueta contoneante
de la predilecta lujuriosa.

Un abanico antiguo de conchaperla
remolineo en mi muñeca
y e el aire se muestran
los revueltos pelos de mi axila.

Pero es mi espalda la que te enfrenta, observa,
mi espalda curva
insinuante y desnuda.

Enrosco mi verde manto
de Eva y acometo:

Qué placer éste de bajar lenta,
suave, sensualmente
el cierre éclair que encierra su grupa.
Todo el vestido cede
Y su contorno bruno.

Esta es la entrada triunfal
de la carne en el estrado:
blanca es y redonda,
firme y suave.

Y en derredor todo es
rojo y oscuro.

Plateada es la caminata en el sendero
Y su redonda luna.
Es hora, date vuelta, princesa,
Enséñame tu rostro.

–Momento –murmuró con voz ronca–
que no hay nada.
Sino un giro violento de mi oculto rostro.
Primero: vampira con dientes de sangre y ojos
 negros de cadáver y
después la consumida.

Y todo nada más que un espectáculo
para que vieras a esta deformada
y la amaras
con terror y piedad.

(*Máscara Negra*, Concepción, Ed. Lar, 1990)

Satén

Destellos en el bosque.

Fulgores rojos son.

Un fulgor rojo. Un rayo furtivo estremeciendo la arboleda. Sedoso y brillante. Satén es enervando las agujas del vasto pinar.

Satén que mancilla carmín entre la hierba y sobre el musgo. Prendido carmín ardiendo en el hueco de las hiedras. Carampangue carmesí de satinada sangre tersando la piel de raso. La piel que roza, riza y ora acariciando con su cola de murta la esmeralda, el centelleo del follaje verde que azota el viento a golpes, al borde de la ele azul de los abismos aquí al principio de este valle.

Satén es de sangre y lustroso y de traicionero terciopelo el tejido de las figuras que ahora llamean al sol como la luz de los cuchillos.

Bajo el esplendor aterradas en los filos que corta el haz figurando cavidades santas entre las redes rumorosas del bosque.

Qué silencio.

De verde firmamento o campana interior.

Aguza la mujer su oído en el asombro. Flama es el vestido que la cubre, de incendio la falda pasmosa.

En el lamé se raja lo húmedo, puro hechizo del reflejo, alterando a sangre la virginidad verde del bosque. En el verde se rasga el lamé, produciendo llamaradas azules en su espejo. En el símil, erizamiento de una tapicería milenaria y radiante:

Babas largas de un sileno, Belcebú, se arrastran y las bífidas corrientes lenguaraces de una turba agitada de enroscadas serpientes

Ay, los ojos leontinos y egipcios de garzas y lechuzas hieráticas.

Todo es terciopelo.

La sinuosa cabellera de una mujer antigua

la seda negra de una mariposa vibrante

los músculos sagrados de las panteras nocturnas.

Irisados volcanes tornean sus esputos a lo lejos
a lo lejos
como grandes y enormes colas de cometa.

De sangre y de oro la bella en su memoria.

El Beso

Toma mi boca, amor,
y besa.

Tu boca que me es camelia
y tu beso
su ácido líquido
sobre alabastro.

Cometerás así un día
tu bello asesinato:
oh no, no, no, no.
Si ya me has asesinado

bajo los turbios girasoles fuimos
ah, rompo mi promesa.

Vi un día a un hombre asesinando una mujer
rodeado de trigales y
mareado de sol.

(Tenía yo una gruesa capa roja
y en ella me envolvía
en los atardeceres
cuando pensaba en ti
y otro me escuchaba.)

Toca mi boca, amor, y besa.

Tu boca que fue mi herida
y tu beso ácido líquido
sobre alabastro.

Lentejuelas,
una lentejuela de alcohol en el vestido de la noche,
en su ardiente vestido.

El que arropa la desnudez de mis besos fríos
tiembla bajo mi manto
herido de mí
de mi deseo.

Llena de música mi cerebro soy
adolescente y desnuda soy
ángel
y tú eres mi cuerpo.

Ahora, de costado, amor, mientras contemplamos la ventana, su luz, enreda tus piernas en mí, y en el ojo del huracán hagamos la huida. Que ya la danzadora extiende sus largos brazos y penetra
– como un ciervo a su muerte
– como la tiara a su reino
– como un aro a su herida
al reino del esplendor.

Ya sabía yo su júbilo: todos los enemigos han muerto.

Mi pasión es la dama nocturna,
el túnel de amor.
Nadie cantará como yo.

(Tatuaje, Santiago, Ed. Lar, 1992)

Fragmento de La Ciudad Muerta:

En el primer esqueleto vi, toda daga y daguerrotipo y guerra, dos blancos ejércitos nefandos. Cada tibia era un desierto de buitres y camellos infaustos. Las rodillas tornábanse de niebla y precipicios y así era este puente rótula de oscuro destino. Si muslos alguna vez hubo en flacos remedos de espadas fantasmales tornáronse. Sobre ellas se sentaba el fémur, primera fulguración que, sobre dos torres de olímpico movimiento, parecíase batar como una puerta que, aleonada por bramidos lejano y cercada por dos leones impávidos, estremecía tiaras, fulgores, reinos, toda lejanía. A sus costados, graznaban gaviotas hacia fuera, hacia nunca, pues sólo cadenas y colmillos de cal yacían en las perdidas playas que algo tornó paradisíacas.

Oí rugir el río en la distancia.

Había rayado este esqueleto el árbol de su columna vertebral como las cebras. Así exasperaba su existencia y la vigilancia del ojo.

Brillaba al centro de su radio el sol del esternón, envuelto en su jaula de jade, hundida cornamenta de un bajel fatal.

Por la calavera peregrinaban tristes barcos amarillos y en el entrecejo allí estaba pintada ella misma, calavera de la muerte, con su alucinante corola de sedosa y brillante cola de pavo real.

El segundo esqueleto arrastraba una columna de mármol y en él a ratos se recostaba para tibia contemplación de sí mismo. Del cáustico reflejo de sus huesos sobre la redonda y rosada superficie, pálido fuego de un más allá sin nombre para luz de una osamenta sin deseo ya, ni memoria. Rojizas cabelleras que amor tornó doradas serpenteaban por las tibias y se elevaban por los fémures trocándose licor, medusa y lámpara, en una difuminación rosada que una oleada de garzas de tremol trizando la orilla de un plácido y largo lago azul y platinado. A lo lejos, veíamos volcanes y de ellos las volutas de humo, enroscadas primero y lilas hilos lentos después que el viento estiraba en una sola dirección. Barcos partían con secreto destino.

(Fragmento de "La Ciudad Muerta" en *Uranio*,
Santiago, Ed. Lom, 1999)